

Puesto que amaba y servía
Con vida, hacienda y persona
A la bella mora Ziza,
A quien el incauto moro
Muy muchas veces decía,
Que allá en la fuente de Almeida
Vaya para hablarle un día.
A esto responde la mora:
—¡Ay Homar de mi alma y vida!
¿Cómo me mandas que vaya
A ser dos veces cautiva,
Una de ti, y luego otra
De ese capitán de Arcilla,
A quien no se escapa moro,
Ni mora que no cautiva,
Porque es Marte en el valor
Y Ulises en maestrias! —
La mora cumple su ruego
Después de larga porfía;
Pero aun no hubo bien llegado
Do su muerte está vecina,
Cuando salió el lusitano
De do emboscado yacía,
Y cautivando la mora,
Se va la vuelta de Arcilla.
El sarraceno que vió
Cautivo el bien de su vida,
Al capitán humillado
Con humilde voz decía:
—Suplicote, si algún tiempo
Tuviste en amor desdicha,
Permitas que pueda hablar
Con la que llevas cautiva.—
Concedida la licencia,
El moro así habla á Ziza:
—Yo te juro, dulce esposa,
Por Plutón y Proserpina,
De librarte, ó morir antes
De media luna cumplida.—
La mora triste y llorosa
Al gallardo moro mira,
Diciéndole: —Ya es tarde
Para seguir tu porfía,
Y pues tan tarde viniste,
Vuelve, moro, á tu alcaldía,
Y procura guardar
Mejor que guardaste á Ziza.—
Corrido y avergonzado
El moro se alzó en la silla,
Y cubierto de su adarga
Arremete en balde, aprisa,
Contra la segura gente,
Mas allí perdió la vida.
La desconsolada mora
Junto del cuerpo tendida
De su mal logrado amante,
Con triste canto decía:
—Rompa mi blanco pecho
Este puñal agudo,
Pues mi desdicha pudo
Sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
Es bien que le acompañe
En triste sepultura,
El mío sin ventura,
Y que la tierra con mi sangre bañe.
Sirva de aviso eterno
Este mi triste amor y desvario,
Que si será, y yo fio,
Mientras hubiere estío y frío invierno.
Arranquen mis entrañas
Las aves carniceras,
También las bestias fieras
Naturales y extrañas,
Quedando solo el nombre
De los dos que murieron;
Porque bien se quisieron
Dignos de eterna fama y de renombre.—
Pesaroso el capitán
Por ver la presa perdida,

Se recogió con su gente
Para su fuerza de Arcilla.
Y porque en memoria fuese
Puso en mármol esculpida
Esta lamentable historia
Del moro Homar y de Ziza.
(Romancero general.)

ROMANCE DE MOSTAFA.

216.

MOSTAFÁ.
(Anónimo.)

Sembrados de medias lunas
Capellar, marlot y manga,
Y de perlas el bonete,
Con plumas verdes y blancas,
El gallardo Mostafá
Se parte rompiendo el alba,
A donde la armada fuerte
De su Rey le espera y llama;
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
Añafiles, sacabuches,
Le hacen la seña y la salva.
Cabalga el bizarro turco
A la brida y la bastarda
En un caballo mas blanco
Que la blanca nieve helada.
Lijero, brioso y fuerte,
Con unas efes por marcas;
Que hasta en el caballo quiere
Mostrar su fe limpia y casta.
Pátese el bizarro turco
A la conquista de Malta,
Y á otra mayor conquista
Que tiene en su pecho y alma;
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
En voz formada le dicen:
General, embarca, embarca.
Responde el amor por él:
—¿A dó, fortuna, me llamas?
Quieres te busque en el mar,
Pues en la tierra me faltas?
Piensas que de la mar pueden
La multitud de las aguas
Aplacar la mayor parte
De este fuego que me abrasa?
Y con este sentimiento
Por delante el balcon pasa,
A do le amanece el día
A la noche de sus ansias;
Y reparándose todas,
Viendo presente la causa,
Dispuesta á darle favores,
Que ya de desden se cansa:
—Hermosa Zaida, la dice,
Si mi presencia te enfada,
Dame una prenda á tu gusto
Con la licencia que parta.—
—De tu partida me pesa,
Le responde, pero basta
Con que lleves esta prenda,
De aquestas manos labrada.—
En los estribos el moro,
Del capellar en la manga
Las dulces prendas recoge
De la que le prende y mata.
Descubre un lienzo labrado
De oro fino y seda parda,
Con la rueda de fortuna
A lo vivo dibujada:
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
En voz formada le dicen:
General, embarca, embarca.

—No tan aprisa, enemigos;
Dejadme gozar la palma,
Que mis deseos encumbra
Y mis razones ensalza;
Y porque á la cumbre suba,
Tan solo, mi Zaida falta,
Que quieras tú dar la mano
A quien das mano y palabra.
—Conténtate por agora,
Dice la bella sultana,
Que el tiempo lo cura todo,
Y como venga no tarda.—
De alegre y contento el moro
Mudo con los ojos habla,
Y pátese porque es fuerza;
Y el cuerpo parte sin alma:
Y de la mar las trompetas,
Chirimías, pitos, flautas,
Añafiles, sacabuches,
Le hacen la seña y la salva.
(Romancero general.)

ROMANCES DEL ALBANES.

217.

EL ALBANES. — I.

(De Don Luis de Góngora.)

Criábase el Albanes
En las cortes de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los sultanes;
Del Gran Señor regalado,
Querido de los bajases,
Gran capitán en la guerra,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Y espejo entre los galanes.
Recien venido era entonces
De vencer, y de ganalle
Al de Hungría dos banderas,
Y al Sofí cuatro estandartes.
Mas qué aprovecha domar
Invencibles capitanes,
Ni contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos harpones penetrantes;
Dos penetrantes harpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo el Levante?
Bien conoció su valor
Amor, que para enlazalle
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos prendalle.

(Góngora, Obras de.)

* Esta romance hace alusion al famoso duque de Alba.

218.

EL ALBANES. — II.

(Anónimo.)

Tuvieron Marte y Amor
Un día grandes combates,
En unas reales fiestas
En las cortes de Amurates.
Juntas pues muchas naciones
De moros, turcos y alarbes,
Entre todos se señala
El Albanes muy pujante,
Que ha llevado de las justas

T. X.

A pesar de los bajases,
El lauro de la victoria;
Pero quiso Amor premiarle
Con el favor que Arselinda
Desde un corredor le hace;
Turca ilustre de valor,
Descendiente de sultanes,
La cual le envía un recado
Al palenque con dos pajes.
El Albanes le recibe
Con apacible semblante,
Y ya cuando de la plaza
Mandó el Sultan que le saquen,
Y que resuenen las trompas,
Los pifanos y atabales,
Quiso fortuna envidiosa,
Para mas entronizarse,
Que se quejase al Sultan
Un bajá valiente y grave,
Diciendo: — Mire tu Alteza
Cómo el honor se reparte,
Que se hace agravio á muchos
Que mas que el Albanes valen.—
Dijo el Sultan: — Pues queréis
Parte de su honor quitarle,
Al que matare un leon
El premio pretendo dalle.—
El Bajá salió primero,
Y el leon al Bajá sale
Tan furioso, que le hizo
De un encuentro muchas partes.
El Albanes valeroso,
Desnudo su cuerpo sale,
Poniendo su mente en Dios,
Con un baston recio y grande.
El leon arremetió,
Y una amorosa voz sale
De Arselinda, que decía:
—¡Santo Alá! querais librarle.—
Tuvo gran cuenta el guerrero,
Y para mejor matarle,
Metió en la boca al leon
El baston, y presto ase
De un corto y fino puñal
Con que dos heridas hace
Al leon en las entrañas,
Por do vida y sangre salen.

(Romancero general.)

219.

EL ALBANES. — III.

(Anónimo.)

Regocijada y contenta
Está la hermosa Arselinda,
Turca de mucho valor,
Y del Gran Sultan sobrina.
Procedióle este contento
Del gran placer y alegría
Que le causó la victoria
De su Albanes aquel día.
Consigno hace la dama
Una amorosa porfía:
Ella á sí propia pregunta,
Y ella á sí se respondia.
— Dime, Arselinda, que estás
Por un cautivo cautiva:
Quien supiera tus amores,
¿Qué dirá de tí, Arselinda?—
Pero pasado este trance,
En que el honor le retira,
Llega el bullicioso amor,
Y de nuevo en ella aspira,
Por lo cual la dama dice:
—¡Ay Albanes de mi vida,
El mas valiente y galan
Que encierra en sí la Turquía!
¿Cuán bien andante será
La que en tu favor recibas,

Porque aunque cautivo estás
Eres señor, y de estima!—
No quiso mas aguardar
A que el amor la persiga,
Y un genízaro llamando
Al Albanes se lo envía :
Dice en un papel que venga,
A media luna corrida,
A verla por el jardín,
A do aguardando estaria.
El Albanes recibió
El recado, y respondia,
Que le agradece el favor,
Y que será obedecida.
Juntos pues los dos amantes
El Albanes le decia :
—¿Qué me queréis, mi señora
Bien del bien del alma mía?
—No quiero, gallardo amigo,
Que muestres tu valentia
Mañana con los bajaes,
Por mi gusto y tu porfia;
Solo pretendo que entiendas
Que soy tu esclava y cautiva,
Para en cuanto me mandares,
Sin reservar alma y vida.—
El Albanes le responde :
—Escuchad, bella Arselinda,
Y notad que soy de Albania,
Y vos criada en Turquía;
Y que nací y soy cristiano,
Y por mi fe perderia
Mil mundos si los tuviese;
Y otros tantos, Arselinda,
Perdiera por vuestro gusto,
Sin punto de cobardía,
Ni anteponer el afrenta
Que de mí el Sultan reciba.—
Con esto se despidió,
Dejando sola á Arselinda.
La cual triste y lamentando
De su fortuna, decia :
—Puse mi contento
En parte cautiva,
Y dejéme viva
Para mas tormento.
Vencime de amor
Por un Albanes,
Que aunque esclavo es,
Es Marte en valor :
Sube su loor
Al quinto elemento,
Y dejéme viva
Para mas tormento.
No le ablandaron
Mis tiernas razones,
Ni las ocasiones
Que la demostraron,
Cuando agua hallaron
Mis ojos sin cuento;
Pues siendo cautiva,
Me dejó á mi viva
Para mas tormento.
De mi liviandad
Yo tengo la culpa
Pues que no hay disculpa
A tal libertad :
Mis ojos, llorad,
Dejad el contento,
Porque me dió vida
Para mas tormento.
Es mas insufrible
Dejar de quererlo,
Pues aborrecerlo
Será imposible,
Y dolor terrible
El que por él siento,
Pues me dejó viva
Para mas tormento.

(Romancero general.)

220.

ALBANES. — IV.

(Anónimo.)

— Detente, buen mensajero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes
Como lo muestra tu traje,
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles
Los moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿En qué entretiene los días
De la mañana á la tarde,
Aunque todo sea noche
Para quien vive en la cárcel?
¿Qué damas entran á verle,
Que ganando en visitarle
Obras de misericordia
De injusticia me las hacen?
Y dime si está muy triste;
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.
Y si es verdad, como dicen
Que libertad quieren darle
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades?
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate
Dos mil Albas han salido
Y nunca la suya sale.
No sé qué tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flándes
No hay mujer que no le adore,
Ni hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena
Que nadie iguala á su sangre,
Vale mas él por sí solo
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien solo con miralle
Matar los toros un día
No hay gusto que no me mate,
Y con saber que saliendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea,
Aunque él me remedie tarde.—
— Ese cautivo, madama,
Que fué de los doce Pares
(Le responde el mensajero),
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se preparan
De vestidos y plumajes
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes;
Mas no espero, mi señora,
Que vuestro remedio trate,
Que aunque libre traiga el cuerpo
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que gloria llama á sus males.—
La francesa, que esto oyó,
Sin que mas razon aguardé
Cerró la ventana y fuése
Rompiendo á voces los aires.

(Romancero general.)

⁴ Este romance imita á los de Roldán, y hecho, como todos los del Albanes, para lisonjear al gran duque de Alba, le suponen aventuras y amores caballerescos.

ROMANCES DEL VIEJO REDUAN.

221.

EL VIEJO REDUAN. —

(Anónimo.)

Desde un alto mirador
Estaba Arselia mirando
Las cristalinas corrientes
Del sacro y dorado Tajo.
A veces miraba el agua,
Otras la tierra y el campo,
Otras pensaba en las cosas
Que le daban mas cuidado.
No está pensando la mora
En el cortesano trato,
Porque tiene el pensamiento
En un príncipe aldeano,
Que en las riberas del Tórmes
Es noble alcaide afamado,
Aunque no sigue la corte
De Almanzor, rey toledano.
En amorosas pasiones
Tiene el sentido ocupado,
Cuando llegó, aunque de lejos,
A vista de su palacio
El anciano Reduan
En un ruano caballo;
Viejo alcaide, y no bellido,
Gallardo y enamorado;
Y como reparó el moro
El mirador ocupado
De un resplandeciente sol;
Quedó suspenso y mirando.
Procura disimular
El anciano enamorado
El gran fuego que le enciende
Su caduco pecho helado.
Paséase haciendo piernas,
Muy á lo disimulado;
Pero viéndole la mora,
Le dice con pecho airado:
—¿Ay moro, cómo me cansas!
¿Cómo me tiene cansado
El sufrimiento el pensar
Que estás por mí amartelado!
¿No reparas que ya tienes
La barba y cabello cano,
Grande calva y poco pelo,
Y que te tiemblan las manos?
¿Qué poco duelo que tienes
De mis florecientes años,
Pues quieres se compadezcan
Con tu vejez y otros daños!—
El moro bien entendió
Casi todo lo que ha hablado,
A lo cual respondió :—El sol
Todo lo tiene á su mando;
Y como á este te pareces
Le das calor á mis años,
Y haces al helado pecho
Altivo, feroz, lozano.—
Mostró, al volver, una letra
Sobre un capellar dorado,
Que dice : «Pues que me atrevo,
Algo puedo y algo valgo.»
En el adarga traía
Un sol con ardientes rayos,
Y por orla aquesta letra :
«Sin duda dos soles hallo;»
Pero viendo que la mora
Con tal desden le ha mirado,
Encubrió el sol de la adarga
Con un almaizor pajado,
Diciendo :—Pues se anubló
Mi sol, quiero esté tapado
El que pintado traía,

Del que es natural sacado.—
Con esto el moro se vuelve;
Y la mora se ha tornado
A ocuparse de principio
En los primeros cuidados.

(Romancero general.)

222.

EL VIEJO REDUAN. — II.

(Anónimo.)

Rendido está Reduan
Por amores de Xarifa;
Todo es espadas de noche,
Y todo galas de día.
De los vientos tiene celos,
Y del mismo sol envidia,
Porque se entran sin licencia
Y la tocan, y la miran.
Las flores de los jardines,
Porque la agradan, las pisa :
Hasta en el son de las aves
Le causan melancolía.
Cuando de su casa sale
Jamás la pierde de vista :
¡Ay del moro que se para
Cuando el sombrero le quita!
Muchas veces en el año
A Granada regocija
Con toros, cañas y zambras,
Motes, letras y divisas.
Hasta las piedras le temen
De la calle donde habita,
Porque por momentos sale
Mas fuego de las mas frias.
Los caballos trae cansados
De carreras y corridas,
Y si supieran hablar
Se quejaran de Xarifa :
Los criados piden de ella
A todo el cielo justicia,
Porque comen á las tres,
Y duermen por las esquinas.
Toda la calle le tiembla
Porque en pendencias y riñas
Despedaza las paredes
Y las piedras acuchilla.
Siempre que está en su presencia,
Está como en la mezquita,
Con la misma devoción,
Sin bonete y de rodillas.
Cansada Xarifa de esto,
Y de saber que queria
Quitar la vida á Abenamar,
Que era el alma de su vida,
Toda Granada presente,
Desde su balcon un día
Le dijo de aquesta suerte,
Tan hermosa como altiva :
—Tú no sabes, Reduan,
Que cantas mal, y porfias,
Y das voces en desierto,
Y que á quien te abrasa enfrias.
Tu braveza, espada y lanza
A toda Granada admira
Que en una mujer la emplees
Y que nunca se te rinda.
Una flaca condicion
Es la fuerza que conquistas,
Adonde tantos cristianos
Nuestros muros aportillan.
En esos puedes manchar
El fuerte acero que limpias,
Porque el hierro de tu honra
No ha de ser para la mia.
¿Adónde matas los hombres
Que en mi calle desafias,
Si los huyes cuerpo á cuerpo,

Y los buscas en cuadrillas?
Ya, Reduan, las mujeres
No gustan de valentías,
Que pensamientos honrados,
Y voluntad las obligan.
Lo que no alcanzan Orlandos
Rompiendo robles y encinas,
Unos humildes Medoros,
Huyendo se lo conquistan.
¿Quién te ha dicho á ti que soy
De las armas tan amiga,
Para que días y noches
Con espadas me persigas?
¡Maldita sea la mujer,
Que á quien la sirve no estima
Mientras de sangre no tiene
Bañadas las celosías!—
Aquí calló, que ya estaba
De color roja encendida
La cara, que á Reduan
Dejó la suya amarilla.
Furioso pica al caballo,
Y con tal fuerza le pica,
Que estrellándole en el muro,
Le hallaron muerto en la silla.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

ROMANCE DE DRAGUTA.

223

DRAGUTA.

(Anónimo.)

En el espejo los ojos,
En los cabellos el peine,
En la vida el desengaño,
Los deseos en la muerte;
Su belleza acrecentada,
Porque la tristeza á veces
Alegres milagros hace
Desmintiendo al tiempo alegre:
Dos naves por arracadas,
Con dos soles por trinquetes,
Gargantilla de azabache
Con perlas de nieve en nueve;
De esmeraldas y zafiros
Colgada de ella una sierpe,
Cruel divisa del alma,
Y de sus iras crueles:
Rica almalafa vestida,
Amarilla, blanca y verde;
Colonia azul de Turquía
Que ciñe su blanca frente;
Draguta recién casada
Con un deudo de Hamete,
Aquel secretario real
Y alcaide de los donceles,
Y casada por su tío,
Porque favores pretende
Para ser grande Alfaqú
Si al rey Chico le pluguiere,
A su prima Eleazara
Que consolarla pretende,
De su estado y de su tío
Se quejaba tiernamente.
—Alá te perdone, padre,
Que ántes que tú fallecieses
Mis altivas esperanzas
No estribaban en los reyes;
Y no te perdone Alá,
Cegri, que tu sangre vendes,
Para comprar dignidades,
Que no sé si las mereces.
Tu vida anciana y caduca
Que por momentos descrece,
Quieres hacer perdurable
Con esta que al mundo viene.
No curaste de mi dicha

Mirando tus intereses,
Como si fuera el casarme
Por quince días ó veinte.
Bien parece que no sabes
Que tantos enojos cueste
Un enemigo ordinario,
Que rehusar no se puede.
Condiciones encontradas
Trabada guerra mantienen,
Adonde lidian las almas
Hasta que los cuerpos mueren.
¡Pensabas cuando llorase
Que con joyas que me dices
Me podría yo acallar
Como las demás mujeres?
Collar de perlas me diste;
Mas las que mis ojos llueven
Enternecerán si vivo
A los diamantes mas fuertes.
Los brazaletes y anillos
Son esposas que me tienen
Cautiva y desesperada,
De que mi dicha las quiebre.
¡Prima mía Eleazara,
Hoy hace justos dos meses
Que vi á mi moro enemigo
En una fiesta solemne!
Con atención me miraba,
Y con desprecio miréle,
Tanto, que dije entre mí:
¿Todo el mundo se me atreve?
¿Tan dejada te parezco?
¿Eres tú tan insolente
Que aunque me prometas reinos
Mis favores te prometes?
No te me pongas delante,
Morillo cuitado, vete,
Que pensaré que me amas,
Y al momento moriréme.
Estas cosas dije de él,
Y quiso despues mi suerte
Que le obedezca de día,
Y que á su lado me acueste:
Que si no le digo amores
De mi tibieza se queje,
Y que á recibirle salga,
Cuando á perseguirme viene:
Que todos me llamen suya
Sin poder decir que mienten;
Que diga que le doy gusto
Cuando él á mi gusto ofende;
Que tener hijos de mí
Con razón presuma y piense;
Que mi alegre condición
Triste suegra la gobierne.
¡Prima, cuando te casares,
Por tus ojos, que no peques
Contra la fe de tu gusto,
Y que en mi daño escarmientes!
Con tus esperanzas cumple,
Aunque te culpen las gentes,
Que nunca pudo olvidarse
Lo que agradó para siempre.—
En esto vino un recado
Que al jardín de Zaida fuese,
Y enlutado el corazón
Se fué vestida de verde.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

ROMANCES DE ZORAIDE.

224.

ZORAIDE.—I.

(Anónimo.)

Entró Zoraide á deshora
A buscar su amigo Tarfe,

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

Con acelerados pasos,
Y con turbado semblante.
—Toma tus armas, le dice,
Que me importa que te armes;
Ha de ser luego, no quieras
Que la tardanza me agravie:
El cuento de mi venida
Te contaré por la calle,
Si con la pasión y enojo
A decírtelo acertare.—
Tarfe acudió á sus armas,
Ciñóse su corvo alfanje,
Quitó al bonete las plumas
Por mejor disimularse.
Salen con tanto silencio
Que ni las nocturnas aves
Sienten sus secretos pasos,
Ni los veladores canes.
Zacatin y Plaza Nueva
Atraviesan sin hablarse;
Que Tarfe no le pregunta,
Ni dice nada Zoraide.
Al entrar por los Gomeles
Volviéron á repararse,
Que vieron en un balcon
Un alcazar puesto al aire.
Solía Celinda bella
Poner estos alcazares
A Zoraide en otro tiempo,
Cuando era dichoso amante,
Y ahora es señal rabiosa,
Que quiere desengañarle
La señal que señalaba
Sus placeres y solaces.
Limpio sus ojos el moro
Creuyendo que le engañasen;
Mas el mar que entró por ellos
Con el desengaño sale.
A su Celinda aborrece,
Porque se antepone ántes
A la gloria de sus bienes
La presencia de sus males;
Y aunque el moro es valeroso,
Pueden tanto los pesares,
Y mas si nacen de amores,
Que vencen las libertades.
Dió con él uno en el suelo,
No sabe qué hacerse Tarfe,
Que los remedios son pasos,
Y los desmayos son grandes.
En aqueste punto estando
Llegó Zurman Bencerraje,
Moro que Celinda aguarda,
De gran gentileza y talle:
Tarfe que le vió venir,
Dejando á su amigo, sale
A contradecirle el paso,
Diciendo: —Vuelve, no pases.—
El moro, que en casos de honra
Es no menos arrogante,
Le responde: —¿Quién sois vos?—
Medio desnudo el alfanje.
Tarfe no le quiso hablar,
Sino que las armas hablen,
Y que averigüen de entrambos
Quién ha de estar en la calle.
Sacan los alfanjes fieros,
Derriban los capellares,
Y tiranse fuertes golpes
Con pensamientos mortales.
Crece la rabia y desden,
La fuerza, rabia y coraje,
Y saltan vivas centellas
De los duros pedernales.
Fué venturoso Zurman,
Llevóle de un golpe Tarfe
Cinco plumas amarillas,
Y la mitad del turbante.
Acudió gente al ruido,

Que forzaron de apartarse:
Tarfe se volvió á su amigo;
A quien halló como de ántes,
Y en brazos le vuelve á casa;
Que nada siente Zoraide,
Pues celos y mal de amores
Son un parasismo grande.

(Romancero general.)

225.

ZORAIDE.—II.

(Anónimo.)

El contento de tu carta
Se templó, Alcaide, con verte
Celoso de tu Celinda,
Aborrecido y ausente;
Porque es un mal el de celos
Que solo el alma consiente,
Donde lidian los sentidos
Hasta que los cuerpos mueren.
Estás, amigo, quejoso,
Desesperado, impaciente,
Y no me espanto, que es mal
Harto peor que el de muerte:
Da algun vado á tus congojas,
Que no es razón que la gente
Entienda que tu valor
Te lo atropellan mujeres.
Si te ha ofendido Celinda,
Muera ella, y quien te ofende;
Que no pierdes tu nobleza
En matar al que es alevé;
Porque en semejantes casos
Mucha mas honra se pierde
En disimular agravios,
Que no en que muera vil gente.
Dices que de diamante
Tiene el pecho quien te ofende;
Mas yo te digo que tú
De blanda cera le tienes:
Si dices que tus suspiros
Le van á helar en su nieve,
Es que nobles pensamientos
En bajos pechos se pierden.
Si la debes mil abrazos,
Ella otros tantos te debe,
Con que queda bien pagada
De lo que da fácilmente:
Y pues ella no entendió
Lo que ganaba en perderte,
Cree que no merecia,
Alcaide, que la quisieses;
Y no quieras mas venganza
Que ver que por él se muere;
Que pues es de ruin linaje
La pagará cual merece.
Dentro de muy breve tiempo
Verás trocadas las suertes,
Y ella echará de ver
Lo que ha perdido en perderte;
Que cual meson de tabillar
Son continuo las mujeres,
Que siempre á los mas extraños
Mas regalan y mas quieren.
Son cual natural espejo
A do solo los presentes
Ven su natural retrato,
Sin rastro de los ausentes:
Son un mar donde se anegan
Los mas sabios y prudentes;
Y en el amor mas mudables
Que veleta en chapiteles.

(Romancero general.)

ROMANCE DE ZERBIN.

226.

ZERBIN.

(Anónimo.)

—Desde hoy mas renuncio, mora,
 Tu fe, tu amor y palabra,
 Tu desden y mi recelo,
 De celos, furor y rabia.
 Quiero dar luz á mis ojos,
 Y dar libertad al alma,
 Y salir desta tormenta
 Al mar claro de bonanza.
 Yo vi bien tu oscuro pecho;
 Que el ser oscuro fué causa
 De curar el mio llagado
 De la amorosa batalla.
 Ya no pretendo tu amor,
 Ni de tu amiga Daraja,
 Que sois dos falsas sirenas,
 Desechadas en la Alhambra.
 Ya no quiero estar celoso
 De un pobre morisco Audalla,
 De los mas viles genizaros
 De la ciudad de Granada.
 Ya no daré nombre falso
 A tu hermosura y tu gracia,
 Llamándote en mis abrazos
 Divina y bella Diana.
 Ya no quiero ver tu calle,
 Ni hacer seña á tu ventana,
 Ni aguardar desde las diez
 A que Apolo rompa el alba.
 Ya no quiero tus favores,
 Ni tu bordada almalafa,
 Para salir á las fiestas
 Que trazaba por tu causa.
 Ya no tendré que gastar
 Mas cequies de oro y plata,
 Para esmaltar tu cifra
 En el campo de mi adarga.
 Ya no sacaré libreas
 De colores á tu gracia,
 Para que vieses en ellas
 La sujecion de mi alma.
 Ya no ofreceré á tu gusto
 Sonetos, quintas, ni cuartas,
 Villancicos, ni canciones,
 Leves tercetos, ni octavas.
 Ya no esmaltaré en el templo
 De tu amor y tu fe falsa,
 Las palabras y favores
 Que sin aficion me dabas.
 Ya no haré los ojos rios,
 Ni del pecho haré alquitara,
 Para ofrecer á tu amor
 Los despojos de tu alma.
 Ya quiero andar sosegado,
 Y no parecer fantasma,
 Aguardándote de noche
 Para gustar de mis ansias.
 En fin, no confiaré
 En tus fingidas palabras,
 Que eres Circe encantadora
 De las que de amor se abrasan.—
 Esto el valiente Zerbin
 Dijo expresando sus ansias,
 Y de sus quejas la mora
 Desdeñosa se burlaba.

(Romancero generat.)

ROMANCE DE ZELIZARDO.

227.

ZELIZARDO.

(Anónimo.)

Por ponerse su albornoz
 Ordenó un juego de cañas
 Zelizaro, un Bencerraje
 El mas galan de Granada.
 Comenzóse á murmurar
 Que se le envió su dama,
 Y en pago de aquel favor,
 Aquella fiesta ordenaba.
 Era el albornoz azul,
 Con oro y plata escarchada;
 Que en ser azul albornoz
 Su nombre y color declara.
 Sembradas de trecho en trecho
 Lleva unas flechas doradas
 Y en cada flecha esta letra:
 «Ninguna defensa basta.»
 Para ponerse, el moro
 Hizo una marlotá blanca;
 Que como piensa morir,
 Previénese de mortaja.
 En ella puso esta letra:
 «Conmigo traigo la causa
 »Porque entienda todo el mundo
 »Por quién vivo, y quién me mata.»
 Una pluma sola verde
 En el bonete llevaba,
 Por mostrar que de su vida
 Tiene muy poca esperanza;
 Que mirando el albornoz,
 Como las flechas llevaba,
 Mira la letra que dice:
 «Ninguna defensa basta.»
 Alegrias á su muerte
 Hace el moro, porque halla
 Descanso en morir de amores,
 Que es quien rinde tantas almas:
 Y así porque todos sepan
 Que él muere y vive su dama,
 Una candela encendida
 Hizo pintar en la adarga,
 Y en un tostado alazan
 Entró á pasear la plaza,
 Hasta que se hizo hora
 De entrar al juego de cañas.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

ROMANCE DE HAMETE Y TARTAGONA EN LA
PEÑA DE LOS ENAMORADOS¹.

228.

HAMETE Y TARTAGONA.

(Anónimo.)

Bajaba el gallardo Hamete
 A las ancas de una yegua
 A la bella Tartagona
 Hija del fuerte Zulema,
 Alcaide que en Archidona
 El alto castillo y fuerza
 Sustentó treinta y seis años
 Sin temor y sin flaqueza.
 De noche bajaba el moro
 Por una excusada senda,
 Porque la nocturna guarda
 Al descender no le sienta,
 Y ballándose en lo llano
 Lozano pica la yegua.
 Volviendo el rostro á la mora
 En el carrillo la besa,

Y la dice: —Diosa mia,
 Tuyo soy, mándame y veda,
 Que en Granada mil favores
 Tengo del Rey y la Reina,
 Y de mi prosapia ilustre
 Soy el mejor que hay en ella.
 Narvaez es buen caballero;
 Alcaide fué en Antequera,
 Y lo que hizo con Jarifa
 Cuando fué su prisionera,
 También lo ha de hacer conmigo,
 Cuando de su voluntad sea,
 Pero al fin al virtuoso
 Respetalle es honra nuestra.—
 Vuelve las riendas el moro
 A do le guía su estrella,
 Y al pié de una alta roca
 Rodeada de mil yedras
 Quiere que la yegua paza,
 Y el amor tienda sus velas.
 En esto vido venir
 Muy numerosa caterva
 De famosos salteadores,
 Que pasaban de setenta.
 Todos le acometen juntos,
 Como canes á la cierva,
 Por quitar la vida al moro,
 Y el honor á la doncella.
 En pié se pone, y levanta,
 Y entre todos hace rueda.
 ;Cuán bien jugaba una punta!
 ;Cuál pierna ó brazo cercena!
 ;Oh cuán bien que dilataba,
 El moro su muerte cierta!
 Mas una piedra sin ruido
 Se le escondió en la cabeza,
 Quitando el aliento al cuerpo,
 Y al brazo la fortaleza.
 Desque la dama se vido
 En poder de gente ajena
 No hay dolor que llegue al suyo,
 Pena que llegue á su pena.
 Cabellos que al sol dorado
 No le hacen diferencia,
 Ya no precia el oro fino
 Que al blanco cuello rodea.
 Cogió la espada del muerto
 Que la hallara entre la yerba,
 Cogióla por la punta,
 De pechos se echó sobre ella.
 Juntó el cuerpo al de su amante,
 La cara con una piedra,
 Que son los enamorados
 De la vega de Antequera,
 Dejando mucho renombre
 De otra segunda Lucrecia.
 Quien no lo quisiere creer,
 Váyase á Ronda la Vieja,
 Que allí lo hallará escrito
 En lo alto de una peña.

(Romances varios de diversos autores.)

¹ Hay una comedia atribuida con error á Tirso, con título
 de La Peña de los enamorados, cuyo asunto es el mismo de este
 romance.

ROMANCE DE ALHABIZ Y GEVIZA.

229.

ALHABIZ Y GEVIZA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

El valeroso Alhabiz
 Alcaide que fué de Baza,
 De dos terribles contrarios
 Cercado á un tiempo se halla.
 Uno es la bella Geviza
 A quien tiernamente ama,

El otro era Benavides,
 Que al desafio le llama;
 Y con el uno y el otro
 No excusa dura batalla.
 Teme del fiero contrario
 La ya conocida espada,
 Y de su Geviza teme
 Con su ausencia la mudanza.
 No hay suerte que le asegure:
 Cosa ordinaria en quien ama.
 Al fin suspenso y celoso,
 De sospechas llena el alma,
 En un caballo castaño
 Con desenvoltura salta;
 Un asta gruesa blandiendo
 Y embrazando un ancha adarga,
 De canto á canto tirante
 Una azul y angosta banda,
 Entró desta suerte el moro
 Solo y cuidadoso en la plaza;
 Que nunca á quien tiene amores
 El cuidado desampara.
 Estaba con otras moras
 Geviza en una ventana
 Para mirar la reseña
 De la gente convocada,
 Que á Coin vino aquel día
 De toda aquella comarca
 Con ánimo de correr
 A Alora, que está sitiada.
 Geviza, que vió al Alcaide,
 De pechos en la ventana
 Le dice: —A Alatar de Loja
 Di que Geviza le ama.—
 Nunca extremos tales hizo
 Toro ofendido de vara,
 Como el moro, cuando oyó
 Tan desenvueltas palabras;
 Y sin volverla á mirar
 Deja furioso la plaza
 Diciendo: —Solo es dichoso
 Aquel que de amor no trata.—

(LOBO LASO DE LA VEGA, Romancero y tragedias de.)

ROMANCE DE DORAIZEL Y AYABA.

230.

DORAIZEL Y AYABA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Sabiendo la mora Ayaba
 Que Doraizel de Almería,
 Uno de los quince alcaides¹,
 A quien mas que á sí quería
 Herido y puesto en prision
 Martín Galindo tenia;
 Busca medios, mas ninguno
 Halla para su fatiga;
 Que nunca un aflicto intenta
 Cosa que mas no le aflija,
 Y pocas veces el mal
 Huye de donde se arrima.
 Al fin, tras profundo llanto,
 De las mujeres guarida,
 Donde está Martín Galindo
 Ir Ayaba determina
 A pedir la deje estar
 Con su Dorayzel cautiva,
 Porque donde el alma está
 Es fuerza que el cuerpo asista
 En tanto que el fiudo estrecho
 Desata la Parca esquivada.
 Llegó Ayaba á la frontera,
 Y para Galindo se iba,
 Que de ver tanta belleza
 Con mucha razon se admira.
 No quiso el buen capitán

Cabar en ella la vista,
Por ser trance peligroso
Para el que mas por si mira:
Antes con rostro sereno
Su plática interrumpia
Diciendo: — Hermosa dama,
Tu demanda está entendida:
Llévate tu caro esposo,
Y gozad de alegre vida
La cual dar ó quitar puedes
A cuanto alcanza tu vista. —
Ayafa, besando el suelo
Tal merced le agradecia.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

¹ Hace alusion al fronterizo, que dice:
Después que el Rey Don Fernando
En el reino de Granada, etc.

ROMANCES DE HACEN, ULTIMO ABENCERRAJE.

231.

HACEN. — I

(De Don Luis de Góngora.)

En la Fuerza de Almería
Se disimulaba Hacen,
Abencerraje burtado
A la indignacion del Rey.
Entre el cuchillo y la cuna
Interpuso Mahomet
La parte del capellar,
Que lo bastó á defender.
Negado pues al rigor,
Galan se criaba él
Tan hijo y mas del alcaide,
Que Celindaja lo es.
Celindaja que en sus años
Virgen era rosa, á quien
Del verde nudo la aurora
Le desata el rosicler.
Beldad ociosa crecia
En sus jardines tal vez
Al son de un laud con ramas,
Que eran cuerdas de un laurel.
Coros alternando y zambas
Con sus moros, hasta que
Daba al céfiro su frente
Aljófares que beber.
De cuya dulce fatiga
Apelaba ella despues
Al baño que le templaban
Curiosidad y placer.
Un dia, en las que le dieron
Los jazmines del vergel
Estrellas flagrantas, mas
Que claras la noche ve,
Averiguando la halló
Los dias de casi tres
Lustros de su tierna edad,
Aquel niño dios, aquel
Fénix desnudo, si es ave,
Pollo siempre, sin deber
Segundas vidas al sol,
Nieto del mar en la fe.
Por no alterar á la mora,
En un listado alquicel,
Manto del Abencerraje,
Desmintió su desnudez.
Fiando á un mirtó sus armas,
Verde frondoso dosel
De un mármol, que ni Lucrecia,
Ni fuente deja de ser,
Pliega el dorado volumen
De sus alas, el doncel
Redimiendo ciegas luces
Que mas vendadas, mas ven.

Del Abencerraje, luego
Copia hecho, tan fiel,
Que los dudara el concurso
Equivocado juez.
La ocupacion inquiriendo
Donaire hace y desden
De que solicite niña
Lo que excusara mujer.
— Ejerced, le dice, hermana,
Vuestra hermosura, y creed
Que tan varia es la de hoy
Como ingrata la de ayer.
Fugitivos son los dos;
Usad d'esos dones bien,
Que en un cristal guardais frágil
Lo caduco de un clavel.
Si regulais con las flores,
Que visten esta pared.
Horas son que antes el dia
Las ve morir que nacer.
Gozaos en sazón, que el tiempo,
Tesorero ya infiel,
De ese oro que peinais
De ese marfil que escondeis,
Desengaños restituye:
Necia en el espejo fué
La memoria, mudada antes
Parecer, que parecer. —
Extrañando la doctrina
Del jóven que hermano cree,
La vergüenza á Celindaja
Le purpureó la tez.
El ya fraternal engaño
Mal bebido en su niñez
Disolvia, cuando amor
Sintiendo el dichoso pie
Del que ya conduce amante,
Cuanto cautelo el pincel
Desvaneció, y en su forma
Pisando nubes se fué.

(GÓNGORA, *Obras de.*)

232.

HACEN. — II.

(De Don Luis de Góngora.)

Famosos son en las armas
Los moros de Canastel;
Valentísimos son todos
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berberia,
El que se ha hecho temer
En Orán, del castellano,
En Ceuta, del portugués.
Tan dichoso fuera el moro,
Cuan dichoso puede ser,
Si le bastara el adarga
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un arpon de desden
Le despidió Belerifa,
La hija de Ali Muley.
Atento á sus demasias
En amar y aborrecer
Quiso el niño dios vendado
Ser testigo y ser juez.
Miraba al fiero africano
Rendido mas de una vez
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel,
Ya rendido á su enemiga,
Y entregándole á merced
Las llaves del albedrío
Los pendones de la fe.
Mirábalo en los combates,
Ora á caballo, ora á pie,
Rendir el fiero animal

De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza,
Y de la espantosa piel,
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galan
De cuantos Africa ve
En servicio de las damas
Vestir morisco alquicel,
Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés.
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez,
Obra al fin, del todo digna
De artifice cordobes,
Solicitar los balcones
Donde se anida su bien
Comenzando en armonía,
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él,
Miraba á la hermosa mora,
Salteada en un vergel,
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quién es,
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed;
De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos estén
Bebiendo en sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una,
Y aun maliciosa tambien:
— Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez,
Como esa curiosidad,
Es seña, á mí parecer,
De un recién nacido amor
Que volará antes de un mes. —
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red,
Y comenzó Belerifa
A hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

(GÓNGORA, *Obras de.*)

ROMANCE DE ABDALLA.

233.

ABDALLA.

(De Pedro de Padilla¹.)

En la orilla del Jenil,
Que nace en Sierra-Nevada,
Al tiempo que el sol salia
Con su cabeza dorada
La mañana de San Juan,
De moros tan festejada,
Las cañas sale á jugar
Toda la flor de Granada.

Gomeles y Almoradies,
Gente noble y estimada,
Cegries y Bencerrajes
Que eran de la mejor casta:
De cada parte cincuenta
Con librea diferenciada.
La que sacan los Gomeles
Era de tela morada,
Sembrada de medias lunas
Y con estrellas poblada,
Y de aquel mismo color
Las banderas de las lanzas,
Con unas bandas azules
Por cima de las adargas.
Llevan de almaizares todos
Las cabezas adornadas,
Y al brazo derecho asidas
Las empresas de sus damas:
Los caballos alazanos,
Las sillas aderezadas
De seda morada y oro,
Que grande contento daban:
Los borceguies marroquies
Con espuelas plateadas.
Los Almoradies de verde
Toda su cuadrilla sacan:
Era tela verde y oro,
Y encima flores de plata
Sobre unas coronas puestas,
De canutillos bordadas.
Llevan tocas tunecies
A las cabezas atadas,
Pobladas de argenteria,
Que la vista deslumbraba,
Y encima de todas puestos
Los favores de quien aman;
Y con bandas rojas vienen
Sus adargas señaladas.
Los caballos que sacaren
Eran color de castaña,
De carmesí y oro fino
Las sillas aderezadas:
Verdes eran los pendones
Que llevaban en las lanzas:
Los borceguies eran blancos
Con espuelas barnizadas.
Sacan los Cegries todos
Su cuadrilla aderezada
De una tela muy hermosa
Y la color turquesada,
Con unos soles de oro
A todas partes poblada.
De tocas blancas y azules
Las cabezas traen atadas
Con rapacejos de oro
De azul aderezadas.
Pardos eran los pendones
Que sacaron en las lanzas:
No van con banda ninguna
Sus adargas señaladas,
Porque las sacaron todas
Con dos borlas turquesadas;
Asidos á las muñecas
Los favores de quien aman,
Llevan los brazos derechos
Con mangas encarrujadas
Hechas de una blanca toca
Con hilo de oro listada.
Los caballos eran rucios,
Las sillas aderezadas
De verde con flor de lises
De oro por ellas sembradas.
Los borceguies eran negros
Con lazos de fina plata,
Y las espuelas y estribos
Son blancas y pavonadas.
Los Abencerrajes todos
Salen de color leonada,
Sembradas por toda ella